Arthur Conan Doyle

# El Tres Cuartos Desaparecido



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

# El tres cuartos desaparecido

## Arthur Conan Doyle

**Publicado: 1904**
**Fuente: https://archive.org**
**Traducción: Anónimo**
**Edición original: Nuevos triunfos de Sherlock Holmes, Biblioteca de la Nación, Buenos Aires (1909)**

# Índice de contenido


1. El tres cuartos desaparecido
    1. Arthur Conan Doyle
    2. Nota de la edición
    3. El tres cuartos desaparecido
        1. I
        2. III
        3. IV

# Nota de la edición

«El tres cuartos desaparecido» (*The Adventure of the Missing Three-Quarter*, 1904) es uno de los relatos de *El regreso de Sherlock Holmes*, de Arthur Conan Doyle. Esta edición digital reproduce la traducción anónima publicada con el título «El campeón de foot-ball» en *Nuevos triunfos de Sherlock Holmes* (Buenos Aires, Biblioteca de «La Nación», 1909).

Se ha modernizado la ortografía (acentuación y signos de puntuación) conforme a las normas actuales de la RAE, sin alterar el vocabulario ni la sintaxis del traductor, y se han corregido las erratas evidentes de imprenta.

# El tres cuartos desaparecido

## I

Frecuentemente recibíamos en Baker Street, además de las visitas extraordinarias, telegramas no menos extraordinarios y cartas tan fuera de lo vulgar, como los telegramas y las visitas. Pero no recuerdo nada que le hiciera tanta impresión a Holmes, como el telegrama siguiente, que recibimos en una mañana desapacible del mes de febrero:

> «Os suplico me esperéis. Horrible contratiempo. Nos falta brazo derecho. Mañana presencia indispensable.—*Overton*.»

—El sello es de la estafeta de Strand —dijo Holmes después de haberlo leído y releído varias veces— y ha sido impuesto a las diez treinta. Evidentemente Mr. Overton estaba muy agitado cuando lo redactó, y esto justifica su incoherencia. En fin, voy a proseguir mi lectura del *Times*, y veréis cómo antes de que la termine se presenta este individuo. Os confieso que estoy en las mejores disposiciones para el trabajo, y cualquier asunto, por nimio que sea, me interesará.

En efecto. Desde hacía algún tiempo vivíamos en una ociosidad y en una carencia tal de asuntos emocionales, que ya empezaba a molestarnos. Además, habiendo adquirido un exacto conocimiento de mi amigo, sabía lo peligroso que era la falta de actividad a su cerebro. Poco a poco le fui quitando el vicio de las inyecciones hipodérmicas de morfina, que en más de una ocasión estuvieron a punto de escatimarle victorias.

Tenía la seguridad absoluta de que en tiempo normal —y lo normal para él era anormalidad en los demás— no sentía la necesidad del nocivo estimulante; pero tan pronto le faltaba unos cuantos días el aliciente de unas pesquisas o del descubrimiento de algún hecho misterioso, ya le veía pasear melancólico las habitaciones, y en sus ojos leía el deseo insano.

Por eso el telegrama de Overton me alegró casi tanto como a él, y bendije aquella ocasión que se nos presentaba al borde del abismo de donde tanto trabajo me costó sacar a Holmes.

---

No había transcurrido una hora desde la llegada del telegrama, cuando hizo su presentación el señor Cirilo Overton, del *Trinity College*, en Cambridge, según constaba en su tarjeta.

Era un individuo de talla hercúlea, y al detenerse en la puerta y mirarnos con su semblante ingenuo y simpático, rozó el marco de la puerta con la cabeza y sus hombros tuvieron que comprimirse al entrar.

—¿Mr. Sherlock Holmes?

Mi amigo saludó.

—Tanto gusto. Vengo de Scotland Yard, donde he hablado con el inspector Stanley Hopkins. Él ha sido quien me ha aconsejado que viniera a veros. Según dice —y yo lo creo así— el asunto que me trae es más de vuestra incumbencia que de la suya.

Holmes volvió a inclinarse, e indicándole una silla, dijo:

—Tened la bondad de sentaros y decirnos lo que os sucede.

El señor Overton se dejó caer en la silla, y después de una pausa preparatoria, comenzó a hablar.

—¡Es una cosa horrible, señor Holmes! ¡Realmente horrible! Yo no sé cómo no han blanqueado mis cabellos. Figuraos que el célebre Godofredo Staunton…

—¿Godofredo Staunton? —interrumpió Holmes.

—Sí, el famoso campeón de *foot-ball*.

—¡Ah!

—Yo hubiera preferido perder a todos los del *equipo* menos a él. Él era la figura principal, la indispensable. ¿Qué vamos a hacer ahora sin él, señor Holmes? Bien es verdad que aún me queda Moorhouse, y que este es de los más listos; pero no llega, ni con mucho, a la sangre fría del otro. Stevenson tampoco nos servirá de mucho; y como precisamente en el *equipo* de Oxford están Moston y Johnson, ya podemos darnos por vencidos.

Sherlock Holmes había escuchado este incoherente relato con la mayor atención, y una leve sonrisa entreabría sus labios ante la fogosidad con que hablaba el joven, y las palmadas que se daba en las rodillas continuamente como para prestar más fuerza a lo que decía. Cuando cesó de hablar, mi amigo alargó la mano, y cogiendo el tomo S de la *Enciclopedia*, lo hojeó con rapidez.

—Aquí veo a Arturo H. Staunton, el joven falsificador que tanto porvenir tiene ante sí —murmuraba mientras pasaba las hojas—. También está Enrique Staunton, en cuya ejecución intervine un poco; pero Godofredo Staunton no parece.

El semblante de nuestro visitante expresó una estupefacción enorme.

—¿Es posible? ¿Pero no habíais oído hablar de Godofredo Staunton?

Holmes sonrió, negando con la cabeza.

—¡Pero entonces tampoco sabríais quién era Cirilo Overton!…

Holmes siguió sonriendo.

—¡Qué atrocidad! —exclamó el atleta, llevándose las manos a la cabeza—, yo no creí que hubiera un inglés que ignorase mi nombre. Yo he sido el campeón de *foot-ball* de Inglaterra; yo he ganado este año el premio de saltos en la Universidad, y no obstante esto, no soy nadie en comparación de Godofredo Staunton, vencedor en los *matchs* de Blacheath y de los cinco «internacionales». ¿Y decían que vos lo sabíais todo? ¡Nunca me podía imaginar una ignorancia tan absoluta!

Holmes soltó una alegre carcajada ante el ingenuo asombro del atleta.

—Vivimos en mundos diferentes, señor Overton. El vuestro es más sano, más agradable; pero me es enteramente desconocido. Yo conozco a indivi-

duos de todas las clases de la sociedad; pero nunca he tenido ocasión de tratar con alguno de los representantes de la juventud aristocrática, dedicada exclusivamente a los deportes y a los juegos atléticos. Por eso me ha entusiasmado vuestra visita. Ella me advierte que aún me falta por conocer un medio ambiente bastante curioso y digno de estudio. Ahora, querido señor, tened la bondad de sentaros, y contadme muy detalladamente lo sucedido, para que yo pueda serviros en algo.

El rostro del joven expresó viva inquietud. Evidentemente estaba más acostumbrado a hacer uso de sus músculos que de su inteligencia; pero comprendiendo que no tenía más remedio que hablar, hizo un gesto de resignación, y relató la historia del modo siguiente:

—Según creo haberos dicho, señor Holmes, yo soy el jefe del *equipo* de *foot-ball* Rugby, de la Universidad de Cambridge, y Godofredo mi brazo derecho. Mañana jugamos contra el *equipo* de Oxford, y todos nosotros llegamos ayer a Londres y alquilamos diversas habitaciones en el hotel de Bentley. A eso de las diez, toda mi gente estaba acostada, y yo hice una visita de inspección a las alcobas, porque opino que las tres cuartas partes del triunfo son debidas al entrenamiento, y que el sueño es la mejor preparación para una partida de *foot-ball*. En la alcoba de Godofredo me detuve unos segundos y hablamos algo. Le encontré pálido e inquieto, y al preguntarle yo la razón de ello, me respondió que padecía un ligero dolor de cabeza. Le aconsejé que procurase dormir, y me dispuse a hacer lo propio. Media hora después —según he sabido más tarde— se presentó en el hotel un artesano con una carta para Godofredo.

Se la entregó el camarero de guardia, y al leerla, mi compañero se emocionó de tal manera, que casi cayó desvanecido en un sillón. Atemorizado el criado, quiso avisarme, pero le contuvo el propio Godofredo, quien después de beber unas gotas de agua se tranquilizó algo, y bajó a dar él mismo la respuesta. Habló unas cuantas palabras con el hombre que trajo la carta, y pocos segundos después marcharon los dos apresuradamente camino de Strand. Esta mañana la habitación de Godofredo estaba vacía, el lecho intacto, y todo permanecía tal como yo lo viera la víspera. No hemos vuelto a saber de él, y por desgracia, creo que tal vez el campeón de Blacheath no volverá a jugar a mi lado. Era *spormants* hasta la médula de los huesos, y gravísima ha tenido que ser la causa para que él abandonara los compromi-

sos adquiridos, comprometiendo con ello a su *equipo*… ¡Todo me parece demostrar que partió para siempre!

Sherlock Holmes escuchó la narración del joven con la mayor atención, y en cuanto este terminó de hablar, dijo:

—¿Y qué habéis hecho?

—He telegrafiado a Cambridge preguntando si le habían visto por allí; pero hasta ahora no he tenido respuesta.

—¿Pero pudo tener tiempo para ir a Cambridge?

—Tomando el tren de las once y quince, sí.

—¿Pero existe algo que os haga sospechar tomara esa dirección?

—No, nada. Telegrafié también a lord Mount-James.

—¿Y lord Mount-James qué tiene que ver en este asunto?

—Creo que es el pariente más próximo de Godofredo. Su tío me parece…

—¿No tiene padres?

—No, es huérfano.

—O mucho me equivoco, o lord Mount-James es uno de los hombres más ricos de Inglaterra, ¿verdad?

—Así es.

—¿Y además tío de vuestro amigo?

—Justo; y me parece que también su único heredero. Es un viejo de ochenta años, y padece terribles ataques de gota. A pesar de sus riquezas y de que todo ese dinero lo heredará Godofredo con el tiempo, creo que nunca le dio un chelín.

—¿Es avaro?

—Enormemente avaro.

—¿Y os ha contestado al telegrama?

—No.

—¿Qué motivos podía tener vuestro amigo para ir a ver a lord Mount-James?

—Yo me fundo en que hacía dos días que le notaba muy preocupado. Si se trataba de cuestiones monetarias, es posible que intentase una vez más acudir a su tío, aunque volviera como tantas otras veces, con las orejas gachas. Si realmente ha hecho esto, habrá sido porque no tuviera otro remedio, pues no le tenía mucho cariño al viejo.

—Haya ido a un sitio o a otro, tenemos que averiguar el motivo de esa visita nocturna que le hizo huir con tanta precipitación.

El joven *foot-ballista* dejó caer la cabeza entre las manos.

—Yo no sé, no sé; a veces me parece que me voy a volver loco.

—¿Y no os dieron las señas de ese hombre?

—¿De cuál?

—Del que trajo la carta.

—No muchas; únicamente me han dicho que vestía muy modestamente y que tenía barba negra.

Holmes se levantó dio unos cuantos paseos por la habitación, y luego, deteniéndose delante del joven, dijo:

—Afortunadamente hoy tengo el día libre, y puedo dedicarme por entero a este asunto; pero es necesario que me ayudéis.

Overton se puso en pie de un salto.

—¿Qué hay que hacer?

—Lo primero, no contar con Staunton para el partido de mañana. Si, como habéis dicho antes, es un hombre tan esclavo de los deportes, que es necesario sea muy poderosa la causa que le obligue a abandonarlos, nada parece demostrar que se presente antes de mañana. Y lo segundo, acompañarme al hotel para que yo practique algunas gestiones.

El joven campeón inclinó la cabeza resignado, ### II

Me parece haber dicho en alguna parte, y si no lo digo ahora, que entre las cualidades notables de Holmes, figuraba la de hacer hablar aun a los que más deseos tuvieran de permanecer mudos.

Así, pues, el criado del hotel contestó a todas sus preguntas, diciendo todo lo que sabía. El individuo que trajo la carta se presentó poco antes de las diez y media. Vestía con modestia y tenía una barba que debió ser muy negra, pero que empezaba a ser gris, y el semblante muy pálido. Presentaba, además, síntomas de gran agitación y la mano le temblaba mucho al dar la carta. Godofredo Staunton, cuando salió al portal, no le dio la mano al mensajero, limitándose a hablar con él algunas palabras, de las cuales el criado únicamente pudo distinguir «tiempo». Después echaron a andar rápidamente en dirección del Strand.

—Según creo —dijo Holmes, sentándose sobre el lecho de Staunton—, estabais de guardia aquella noche.

—No, señor. Mi servicio concluía a las once de la noche. A esta hora empezaba el de mi compañero.

—¡Ah! ¿Y este no vio entrar a nadie?

—No. Excepto algunos huéspedes que regresaban del teatro o del casino.

—¿Estuvisteis de servicio todo el día de ayer?

—Sí, señor.

—¿El señor Staunton recibió alguna carta?

—No, señor; un telegrama.

—¡Ah! ¿Y a qué hora?

—A eso de las seis.

—¿Dónde se hallaba el señor Staunton?

—Aquí, en su cuarto.

—¿Estabais delante cuando abrió el telegrama?

—Sí, señor. Me quedé esperando por si tenía respuesta.

—¿Y la tuvo?

—Sí, señor; la escribió en seguida.

—¿La llevasteis vos al telégrafo?

—No, señor. Él mismo la llevó.

—¿Pero la escribió delante de vos?

—Sí, señor. Yo estaba aquí, junto a la puerta, y él se sentó en esa mesa para escribir. Cuando concluyó se levantó diciendo: «¡Ya está!» Y al alargar yo la mano para coger el papel, añadió: —«No; no os molestéis; yo mismo lo voy a llevar».

—¿Escribió con pluma o con lápiz?

—Con pluma.

—¿Sobre uno de estos impresos que hay aquí?

—Sí, señor.

Holmes se levantó y tomando el bloque de impresos y aproximándose al balcón para verlo mejor, murmuró:

—Es lástima que haya escrito con pluma, porque tal vez de otro modo se hubiera conocido en la hoja siguiente lo escrito, con poco que hubiera apretado el lápiz. Sin embargo, es fácil que en el papel secante… ¿No lo dije? ¡Mirad!

Y arrancando una hoja de papel secante de las varias que tenía la carpeta, nos enseñó el siguiente jeroglífico:

*¡soiD rop siénodnaba son oN!*

Overton estaba agitadísimo.

—¡Ponedlo delante del espejo! —exclamó.

—No hace falta —repuso Holmes—; el secante es muy fino y se transparenta fácilmente. Mirad.

Colocó la hoja a contra luz y leímos lo siguiente:

¡No nos abandonéis por Dios!

—Esto es lo único que queda de lo que escribió Staunton hace varias horas. Como veis, aquí se notan las huellas de otras seis palabras; pero como eran las primeras que se escribieron se secaron antes que las últimas. Este ruego parece denotar que el joven estaba amenazado de un grave peligro, y que solo la persona a quien se dirigía podía protegerle. Además, fijaos en el

pronombre «nos», el cual demuestra la existencia por lo menos de otra persona más. ¿Quién demonios podía ser esta sino el individuo barbudo que parecía también presa de gran agitación? En cuanto conozcamos la clase de relaciones que existen entre este hombre y el joven Staunton, y quién es esta tercera persona de quien tanto se espera, estaremos muy cerca del desenlace.

—Pues yo creo muy fácil saber lo último —exclamé.

—No tan fácil, amigo Watson, no tan fácil. ¿Suponéis que no hay más que presentarse en una oficina de telégrafos para que los empleados os descubran los nombres de todas las personas a quienes se han expedido telegramas? Sin embargo, quizá, con un poco de malicia, logremos algo. Pero antes yo quisiera echar una ojeada a esos papeles que hay sobre la mesa. ¿Puede ser, señor Overton?

—Ya lo creo.

Holmes miró y remiró detalladamente una infinidad de cartas y facturas y otros documentos, y después, colocando todos los papeles muy arregladitos en un costado de la mesa, murmuró:

—No hay nada de particular.

—¿Qué? ¿No habéis descubierto algo?

Holmes se encogió de hombros.

—Nada. ¿Cómo andaba de salud vuestro amigo?

—Fuerte como un roble.

—¿Le habéis visto enfermo alguna vez?

—Jamás. Digo, sí. Una vez guardó cama; pero fue por un golpe que se dio en la rodilla jugando al *foot-ball*.

—Quizá no sea tan fuerte como decís. Yo creo que… Con vuestro permiso, voy a tomar dos o tres papeles de estos.

—¡Un momento! —exclamó alguien detrás de nosotros.

Nos volvimos rápidamente y divisamos un viejecillo de extraño aspecto en el umbral de la puerta. Vestía enteramente de negro, con un traje muy raído; llevaba sombrero de copa y una corbata blanca hecha a mano. A pri-

mera vista parecía un pastor protestante o un empleado de pompas fúnebres. Pero, a pesar de su aspecto miserable, había tal acento de autoridad en su voz y tal energía en su actitud que le miramos cohibidos.

—¿Quién es usted y con qué derecho ha tocado esos papeles? —prosiguió con voz irritada.

—Un *detective*.

—¿Oficial?

—Oficial o no, estoy intentando descubrir el paradero del señor Staunton.

—¿Y quién os ha encargado de esa misión?

—Este caballero, que es uno de los amigos de Staunton y que ha venido a verme enviado por Scotland Yard.

—¿Y quién sois vos? —continuó él, dirigiéndose al joven atleta.

—Cirilo Overton.

—¿Entonces habéis sido vos quien me ha dirigido un telegrama?

El joven se inclinó asintiendo.

—Perfectamente. Pues yo soy lord Mount-James y he venido todo lo pronto que me ha permitido el ómnibus de Bayswater. ¿De suerte que le habéis encargado a este *detective* la busca de mi sobrino?

—Sí, señor.

—Entonces estaréis dispuesto a sufragar cuantos gastos se ocasionen, ¿no es cierto?

—Yo creo que si parece mi amigo, no tendrá inconveniente en pagarlos él mismo.

—¿Y si no se le halla?

—¡Ah! En ese caso su familia…

—¡De ningún modo! ¡No faltaba más! —exclamó indignado el vejete— y no estoy dispuesto a dar ni un céntimo. Ya lo sabéis, señor *detective*. El joven Staunton no tiene más pariente cercano que yo, y yo no pagaré absolutamente nada. Ahora podéis obrar como gustéis, en la inteligencia de que si entre esos papeles existen valores, tendréis que responder de ellos.

—Está muy bien, caballero —repuso Holmes secamente—. ¿Tendréis también inconveniente en decirme si sabéis algo que pueda darnos luz en este asunto?

—Yo no sé nada. Mi sobrino es lo bastante mayorcito para saber lo que se hace. Si ha cometido la tontería de perderse, allá él. Yo he dicho ya que no pienso gastar un céntimo en buscarle.

Holmes sonrió maliciosamente.

—Ya lo hemos oído, caballero. Pero, o mucho me equivoco, o en esta desaparición hay algo más que un hecho voluntario. Godofredo Staunton es pobre y, por consiguiente, si le han detenido no ha debido ser para sacarle dinero. Lo más lógico es que, conocida vuestra inmensa fortuna, le hayan secuestrado con intención de lograr de él ciertos detalles respecto de vuestra casa, costumbres, tesoros, etc…

El vejete se congestionó, y a grandes voces, manoteando con furia, rugió:

—¡Demonio! ¿Será posible? ¡Yo no había pensado en tal infamia! ¿En qué país vivimos?… Pero no, por fortuna Godofredo es un buen muchacho y se dejará matar antes que perjudicar a su pobre tío en lo más mínimo. Sin embargo, como medida preventiva voy a mandar hoy mismo toda la plata al Banco. Y os suplico, señor *detective*, que pongáis todos los medios para salvar cuanto antes a mi sobrino. Estoy dispuesto a daros… a daros… ¡cinco libras!… Vamos… daré hasta… ¡diez! creo que no es poco.

---

En vista de que el viejo no podía servirnos de nada, Holmes decidió prescindir absolutamente de él. Nos despedimos del joven Overton, que marchó a disponer el *match* del día siguiente, y con las palabras «¡No nos abandonéis por Dios!» como único indicio, salimos a la calle.

A los pocos pasos divisamos la oficina del telégrafo. Antes de entrar, Holmes, cogiéndome del brazo, dijo:

—Como en cierto modo venimos extraoficialmente y además no poseemos el texto completo del telegrama, hay que obrar con un poco de astucia.

—¿Qué pensáis hacer?

—Ahora lo veréis. Por lo pronto, tengo la casi seguridad de que por muy buena fisonomista que sea la muchacha, no podrá recordar a todas las personas que entran al día en la oficina. Veamos.

Abrió la puerta, y dirigiéndose a la ventanilla de imposición, le dijo a la encargada, con la voz más dulce que pudo afectar:

—Os suplico que me perdonéis, señorita, pero es el caso que tengo una duda. Ayer puse un telegrama, y como no he tenido respuesta, me temo haber cometido una falta. Quizá me olvidé de firmar.

La muchacha cogió un paquete de telegramas.

—¿A qué hora se hizo la imposición?

—Algo después de las seis.

—¿A quién iba dirigido?

Holmes se llevó un dedo a los labios y me miró ostensiblemente de reojo.

—Las últimas palabras eran «¡No nos abandonéis, por Dios!» —murmuró confidencialmente—. Si vierais qué desesperado estoy por no haber recibido respuesta.

La muchacha encontró el telegrama.

—Ahí lo tenéis. En efecto; no está firmado.

—¡Claro! Ahora comprendo por qué no he tenido contestación. ¡Qué torpeza! Muchas gracias, señorita, por vuestra bondad.

—No hay de qué, caballero.

Tan pronto salimos a la calle Holmes se echó a reír.

—¿Qué, habéis descubierto algo?

—¡Magnífico, amigo Watson! —exclamó, frotándose las manos con júbilo—. ¡Magnífico! No contaba yo triunfar tan pronto.

—¿Pero qué? ¿Habéis descubierto algo más? —repetí impaciente.

—Por lo menos he hallado la pista.

En aquel momento pasaba un coche por delante de nosotros. Holmes le mandó pararse; me hizo ademán de que subiera y, sentándose a mi lado,

dijo en voz alta sacando la cabeza por la ventanilla:

—¡A la estación de King Cross!

—¿Qué? ¿Nos vamos de viaje?

—Sí.

—¿Adónde?

—A Cambridge.

El coche comenzó a subir por Gray's Inn Road.

—Me muero de impaciencia, querido Holmes. Por más vueltas que le doy al asunto no consigo entender una sola palabra. ¿Creéis que se han apoderado de ese hombre con intenciones de pedir dinero a su tío?

—De ningún modo, amigo Watson.

—¿Entonces?…

—Si eso le dije a lord Mount-James fue porque me pareció el mejor medio de atacar a un avaro.

—Bueno; ¿pero cuál es vuestra opinión?

—No la tengo formada todavía. Por lo pronto no deja de ser muy extraño que esta desaparición haya sucedido precisamente el día antes de un *match* y que el desaparecido sea el único cuya presencia era indispensable para el triunfo de su equipo. Quizá no se trate más que de una coincidencia; pero tal vez sea también este el motivo fundamental. Ya sabéis, amigo Watson, que en ciertas clases de juegos, y más de partidas como la que debe celebrarse mañana, se cruzan apuestas muy importantes, y nada más natural que alguien tuviese interés en la desaparición de ese muchacho, así como en las carreras de caballos a veces se cometen trampas y hasta secuestran caballos. Acordaos de *Silver Blaze*. Esta es una hipótesis. ¿Deseáis otra? Pues bien, ese joven es el presunto heredero de una gran fortuna y tal vez se habrán apoderado de él para obligarle a firmar algún documento que le comprometa el día de mañana a pagar cierta cantidad.

—Sin embargo, querido Holmes, ninguna de esas hipótesis responde al texto del telegrama.

—Eso creo yo también. Actualmente ese telegrama es nuestra única base sólida. Por eso vamos camino de Cambridge.

## III

Era ya de noche cuando llegamos a la vieja ciudad universitaria. Al salir de la estación alquilamos un coche y Holmes le dio al cochero las señas del doctor Armstrong.

Minutos después nos parábamos ante una gran casa situada en una de las calles más importantes de la población. Subimos la escalera, llamamos a la puerta, y un criado muy atento nos rogó que aguardásemos unos segundos. La espera fue larga, y cuando ya Holmes empezaba a dar señales de impaciencia, nos condujeron al despacho del doctor y nos hallamos frente a frente con él.

Como prueba de la poca importancia que yo iba concediendo ya a mi profesión, he de hacer constar que el nombre del doctor Armstrong me era enteramente desconocido. Ahora ya sé que es uno de los miembros de más talento y cultos de la Facultad de Medicina y cuya fama es europea. Aun no sabiendo estas cualidades y méritos suyos, el visitante queda impresionado la primera vez que lo ve y comprende que aquella su frente, ancha, espaciosa; sus ojos agudos y perspicaces y la tozuda expresión de la boca, no revelan un espíritu vulgar. Desde el primer instante adiviné que íbamos a tratar, no solo con un sabio, sino también con un hombre austero y esclavo de su conciencia. Cuando entramos se levantó para recibirnos. En la mano derecha tenía la tarjeta de Holmes y una viva contrariedad se reflejaba en su semblante.

—Vuestro nombre no me es desconocido, señor Holmes —dijo con voz grave y pausada— así como vuestra profesión, que por cierto no me satisface mucho.

—En ese punto, señor doctor, estáis de acuerdo con todos los criminales de América —repuso Holmes con tranquilidad.

—Mientras que vuestros esfuerzos tiendan a castigar el crimen, aunque, después de todo, bastaría con la policía oficial, nadie podrá decir nada en contra. Pero en el momento en que intentéis sorprender secretos de familia que deben estar ocultos, en que pretendáis mezclaros en cosas que no os importan ni atañen o hacéis perder el tiempo a personas cuyas ocupaciones valen más que las vuestras, en ese caso, repito, me parece odiosa y perjudicial vuestra profesión. Ya veis: ahora mismo me hacéis perder un tiempo precioso.

—Esa será vuestra opinión, señor doctor; pero la mía es que tenéis que aguantaros con esa pérdida de tiempo. Conste, además, que en estos instantes estamos haciendo justamente todo lo contrario de lo que me atribuís. Es decir; que procuramos evitar en lo posible que un asunto íntimo, un secreto de familia, llegue al público escandalosamente, lo que no podría menos de suceder en cuanto se hiciera cargo de ello la policía oficial. He venido a preguntaros respecto del señor Godofredo Staunton.

El doctor no respondió, limitándose a continuar, mirándonos con fijeza.

—Le conocéis, ¿verdad?

—Somos amigos íntimos.

—Entonces estaréis enterado de su desaparición.

—¿Ha desaparecido?

Y al hacer esta pregunta cambió completamente la expresión del doctor.

—Sí. Salió del hotel anoche y no se ha vuelto a tener noticias suyas.

—Bueno; ya volverá.

—Indudablemente ignoráis que mañana se celebra un *match* de *foot-ball*, en el cual debía tomar parte.

El doctor Armstrong encogiose de hombros.

—Todos los deportes me tienen sin cuidado. Una cosa es que yo quiera, como quiero, entrañablemente a ese joven y otra que me preocupe por un partido de *foot-ball*.

—Precisamente es a vuestra amistad a quien hablo, señor doctor. ¿Sabéis dónde se halla?

—No.

—¿Le habéis visto desde ayer?

—No.

—¿Disfrutaba de buena salud?

—Sí.

—¿Sabéis si ha estado enfermo alguna vez?

—Jamás.

Holmes sacó un papel del bolsillo, y mostrándoselo al doctor, continuó:

—Entonces vais a tener la amabilidad de explicarme la razón de este recibo de dieciséis guineas firmado por vos y a nombre de Godofredo Staunton.

El doctor enrojeció de cólera.

—No tengo que dar explicaciones de género alguno.

Holmes se guardó el papel en el bolsillo.

—Lo mismo me da. Yo he procurado evitaros la molestia de contestar al juez y hacer público un asunto que quizá deba permanecer secreto. Allá vos. Pero conste que haríais mucho mejor teniendo confianza en mí.

—Ya he dicho que nada sé.

—¿Habéis recibido ayer u hoy alguna noticia desde Londres referente a Staunton?

—No, señor.

—¡Caramba! ¡Qué mal organizado está el servicio de telégrafos! El joven Staunton impuso ayer a las seis y quince de la tarde un telegrama dirigido a vos y en el cual hacía referencia al asunto, y por lo visto no le habéis recibido. ¡Esos telegrafistas!… Si os parece, bueno sería hacer una reclamación en las oficinas de Cambridge.

El doctor Armstrong pusose en pie de un salto y, congestionado, ronco, gritó:

—¡Fuera de aquí! Decidle a vuestro amo, lord Mount-James, que yo no quiero ni tengo nada que ver con él ni con sus agentes. ¡Fuera de aquí!

Y apoyando la mano en el timbre le oprimió con furia. En la puerta apareció el criado.

—¡Jhon, acompañad a estos señores!

Sin una inclinación de cabeza salimos del despacho escoltados por el criado, erguido y altivo. Algunos segundos después estábamos en la calle.

—¡Caramba con el doctor Armstrong! —exclamó Holmes, cogiéndose de mi brazo—. Es un carácter demasiado enérgico. Si hubiese tenido diferentes inclinaciones, seguramente hubiera eclipsado la memoria del famoso profesor Moriarty.

—¿Y qué pensáis hacer ahora? —interrogué.

—Ya veremos. Por lo pronto nos encontramos en una ciudad desconocida y sin nadie que nos pueda guiar por el buen camino. ¡Calla! Este hotel, situado frente por frente de la casa del doctor, me parece de perlas. ¿Queréis, amigo Watson, alquilar en él una habitación para pasar la noche? Entre tanto yo daré una vuelta por ahí a ver si descubro algo. ¡Ah! El cuarto ha de tener imprescindiblemente balcón a la calle.

---

Más de lo que creíamos él y yo tardó Holmes en regresar al hotel. Eran cerca de las nueve de la noche cuando llegó pálido, fatigado, polvoriento y muerto de hambre. En seguida cenamos, y después de tomar el café nos sentamos frente a frente y permanecimos bastante rato en silencio, fumando nuestras pipas y comprendiendo yo en la expresión de su semblante que no estaba muy satisfecho de su expedición.

De improviso sentimos el ruido de un coche en la calle y Holmes corrió a mirar por los cristales del balcón. Yo le imité. El coche, tirado por un tronco de caballos grises, se había parado en la puerta del doctor.

—¡Ha estado fuera tres horas! —exclamó Holmes—. Salió a las seis y media y regresa ahora. Ha hecho un recorrido de unas doce millas, es decir,

el mismo que hace diariamente.

—Eso no tiene nada de particular tratándose de un médico como Armstrong que debe tener una clientela numerosa.

—Estáis equivocado, amigo Watson. El doctor Armstrong es publicista, da conferencias y tiene consultas, pero no hace visitas. Esto último le robaría demasiado tiempo. Por eso me extrañan estos paseos suyos. ¿A quién visitará?

—Quizá el cochero nos…

—Ya podíais suponer, amigo Watson, que lo primero que he hecho ha sido hablar al cochero. No sé si por temperamento huraño o porque hubiese recibido órdenes severísimas, el caso es que a mis preguntas me soltó el perro. Gracias a que las dos bestias —el perro y el cochero— recularon ante un par de bastonazos míos. Todo lo que he podido averiguar me lo ha dicho un individuo, natural de aquí, y que vive como huésped en este hotel. Es un individuo muy amable, y me ha dicho que el doctor hace esta expedición diaria desde unos cuantos días nada más. Justamente cuando me estaba diciendo esto se detuvo el coche delante de la puerta de Armstrong.

—¿Y no habéis podido seguirle?

—¡Estáis asombroso esta noche, querido Watson! ¡Se os ocurren unas cosas!… Fijaos en que al lado de la casa del doctor hay un almacén de bicicletas. Penetré y alquilé una máquina, y me puse en seguimiento del coche, que me llevaba una gran delantera. Mientras atravesamos la población, me mantuve a cierta distancia, sirviéndome de guía el rastro de luz que dejaban los dos faroles del carruaje. Pero en cuanto salimos al campo, sucedió una cosa extraordinaria. El coche se detiene de improviso, baja el doctor, y se dirige rápidamente hasta el sitio donde yo me había detenido. Una vez delante de mí, me dijo con voz burlona, que temía mucho no fuera el camino lo bastante ancho para su coche y mi bicicleta, y que, por consiguiente, haría bien en marchar delante y no detrás. Comprendí que si me negaba lo echaría todo a perder, y obedecí su indicación. Eché delante, y durante largo rato pedaleé sin volver la cabeza. Llegado a un recodo, me oculté para ver si pasaba el coche. Esperé inútilmente. Debió de dirigirse por un camino transversal que vi al volver hacia atrás. Como veis, el coche ha llegado bastante después que yo. Desconozco el punto fijo donde ha ido, pero pondría

la mano en el fuego porque estas idas y venidas suyas no son ajenas a la desaparición de Staunton. Ahora que tengo la evidencia de que no quiere ser seguido, adoptaré mis precauciones y veremos quién vence a quién.

—Mañana le seguiremos los dos.

—Ya veremos. No creáis que es tan fácil como parece. Se conoce que desconocéis la topografía de Cambridge, y se os figura que nada es tan fácil como esconderse en cualquier repliegue del terreno. Todo lo contrario, amigo Watson. Esta tarde he examinado toda la contornada, y en mi vida he visto un suelo tan árido y tan desprovisto de montículos y vegetación. Además, el doctor es un hombre de cuidado, y que no se dejará sorprender así como así. He telegrafiado también a Overton para que nos tenga al corriente de todo lo que suceda en Londres durante nuestra ausencia. Entre tanto, no debemos perder de vista a este admirable doctor Armstrong que firma recibos y después los niega, y recibe telegramas y asegura lo contrario. Tengo la seguridad de que sabe dónde se halla Godofredo Staunton, y culpa nuestra será si no le arrancamos el secreto. Ahora mismo tiene todo en favor suyo; pero ya sabéis, Watson, que Sherlock Holmes no desespera tan fácilmente, ni se acobarda jamás. Esperemos a mañana.

# IV

Sin embargo, a la mañana siguiente las cosas continuaban en el mismo estado, y el enigma sin resolver.

Mientras almorzábamos, llegó una carta para Holmes. Mi amigo la leyó sonriendo, y luego me la dio. Decía lo que sigue:

> «Distinguido señor: Os advierto que perdéis lastimosamente el tiempo siguiéndome. Supongo que ya habréis comprendido que he puesto un espejo en el interior del coche, en el cual se refleja perfectamente el camino que dejo atrás. Si deseáis dar un paseo circular, es decir, recorrer veinte millas para terminar en el punto de partida, no tenéis más que

seguirme. No obstante, debo deciros que vuestro espionaje no será de la menor utilidad a Mr. Godofredo Staunton. Al contrario, el mejor servicio que podéis prestar a ese joven, es volver en seguida a Londres, y decir al que os envía que no habéis logrado nada absolutamente. Mientras permanezcáis en Cambridge, perderéis el tiempo.

Vuestro afectísimo.—*Leslie Armstrong*.»

—Así me gusta —exclamó Holmes—. Como veis, amigo Watson, el doctor es un adversario leal. Además, es un hombre listo y digno de mí.

—Ahí sale —dije—. Ha subido en el coche, y ha mirado a nuestro balcón. ¿Queréis que le siga yo, ahora?

—No, Watson, no. A pesar de lo mucho que confío en vuestra inteligencia, no os creo capaz de luchar con un individuo como ese. Procuraremos seguir otro procedimiento, y para eso vais a tener la bondad de aguardarme aquí.

—¿Qué, no queréis que os acompañe?

—No; un hombre es siempre menos sospechoso que dos. Procurad entreteneros con algo, mientras yo estoy por ahí. Dad un paseo, visitad las iglesias, cualquier cosa. Me parece que esta tarde ya sabremos algo más que ahora.

---

Otra decepción. Holmes regresó ya de noche, rendido, sin alientos, y con la desesperación pintada en el rostro.

—¿Qué? —pregunté ansiosamente.

—Nada.

—¿Nada?

—Nada.

Hubo una pausa dolorosa.

—He perdido el tiempo, amigo Watson. Después de formarme una idea general del itinerario que el doctor puede seguir, he recorrido las cercanías de Cambridge, preguntando a todo el mundo. He estado en Chesterton, His-

ton, Waterbeach y Oakington, sin lograr nada absolutamente. Y, sin embargo, todos estos pueblos son pequeños, silenciosos, y un coche con dos caballos no puede pasar inadvertido.

Hubo otra pausa. Entonces me acordé de un telegrama que había llegado por la tarde.

—Aquí tenéis un telegrama. Lo he abierto porque estaba impaciente por…

—Habéis hecho bien. A ver: «Pedidle *Pompeyo* a Jeremías Dixon. Trinity College.»

—Yo no sé qué significa eso.

—Yo sí —dijo Holmes—. Es de nuestro amigo Overton, y contesta a una pregunta que le he hecho también por telégrafo. Voy a ponerle dos letras a ese Jeremías Dixon, ya veréis como la mala suerte principia a dejarnos. A propósito: ¿tenéis noticias del *match*?

—Sí. El *Diario de Cambridge* da la noticia de haberse celebrado. Ha ganado Oxford. Escuchad:

> «La derrota de los azules debemos atribuirla a la falta del campeón internacional Godofredo Staunton. A su *equipo*, tantas veces victorioso, gracias a él, le ha sido fatal la ausencia, y la victoria fue para Oxford.»

—Veo —dijo Holmes— que los temores de nuestro amigo Overton eran muy justificados. Sin embargo, en materia de deportes, y particularmente del *foot-ball*, soy tan incompetente como el doctor Armstrong. Ahora, querido Watson, si os parece, nos acostaremos, porque mañana tendremos bastante que hacer.

---

Cuando me desperté a la mañana siguiente, lo primero que vi fue a Holmes sentado cerca del fuego y con la jeringuilla de las inyecciones. Debí poner tal cara de susto al verle entre las manos aquel fatal instrumento de su monomanía, que prorrumpió en carcajadas. Luego, dejando la jeringuilla encima de la mesa, se levantó y llegó hasta mi cama.

—No hay que asustarse, amigo Watson. Eso no es ahora un objeto malsano, sino la llave que ha de abrir la puerta del misterio. En ella están todas mis esperanzas.

—¿Qué? ¿Habéis meditado sobre el asunto?

—He hecho, lo cual siempre es más que meditar. Acabo de llegar de una larga expedición; todo está preparado, y por esta vez me parece que el triunfo se nos va aproximando. Desayunaos cuanto antes, y hacedlo bien, porque se nos prepara una buena jornada.

—¿Seguiremos al doctor?

—Sí; estoy dispuesto a que hoy no se nos escape. Una vez sobre la pista, no me he de detener para nada, ni aunque me muera de hambre, hasta lograr lo que deseo.

Mientras hablaba, me había ido yo vistiendo, y miraba a través de los cristales del balcón la casa de enfrente. De repente me volví, y cogiendo a Holmes del brazo, exclamé:

—Pues me parece que vamos a tener que llevar el desayuno con nosotros. Mirad, ya está el coche aguardando a la puerta.

Holmes se encogió de hombros.

—No importa. Dejadle que se vaya. Mucho tendría que correr para que pudiera escapárseme. No tengáis prisa, y cuando descendamos al patio, os presentaré a un *detective*, que ni pintiparado para esta ocasión.

Bajamos al patio; y dirigiéndose Holmes a las cuadras, abrió la puerta y apareció un perro, de color blanco sucio, de grandes orejas colgantes y de piernas torcidas.

—Tengo el gusto de presentaros a *Pompeyo*. *Pompeyo* es una de las notabilidades del país. No es muy corredor; pero, en cambio, a olfato no le gana ninguno de su raza. Ahora, amigo *Pompeyo*, vamos a comenzar la caza. Como no se trata de perseguir liebres, y además nuestro conocimiento no es muy antiguo, me vais a consentir el atrevimiento de ataros al collar esta correa. Así. Ahora podéis demostrar vuestras habilidades.

Salimos a la calle, y nos paramos en el portal del médico. El perro olfateó unos segundos; después, lanzando un gruñido de satisfacción, echó a andar

calle abajo con tal rapidez, que a no estar sujeto por la correa, hubiera desaparecido de nuestra vista. Media hora más tarde estábamos en el campo al principio de una carretera.

—¿Cómo demonios os las habéis arreglado? —interrogué lleno de curiosidad a Holmes.

—Por medio de un ardid muy viejo, pero casi siempre infalible. Esta mañana temprano entré en el patio del doctor, y rocié con la jeringuilla las dos ruedas traseras de esencia de anís. Cualquier perro de caza puede seguir leguas y leguas este olor, y muy lejos tenía que ir el doctor Armstrong, para que *Pompeyo* perdiese el rastro. ¡Calla! Aquí fue donde me desorienté la otra noche.

El perro había dejado de improviso la carretera para entrar en un pequeño sendero, que se internaba campo a traviesa entre hierbas muy altas. Después de andar como una media milla, salimos a otra carretera, y torciendo a la derecha, seguimos la dirección de la ciudad, que acabábamos de dejar. Pero ya cerca de ella, el perro se internó por otro camino dirigiéndose a la izquierda.

—Ahora comprendo cómo no me dio resultado mi rastro por los pueblos comarcanos. Este doctor es un hombre muy listo, muy listo… Ahora entramos en la aldea de Trumpington… ¡Atrás!

—¿Qué pasa? —pregunté parándome y al ver que Holmes atraía el perro hacia sí.

—¡El coche! El coche, que da la vuelta a esa calle. Ocultémonos o somos perdidos.

Y abriendo con rapidez la puerta de una cerca, entramos en un campo y nos tendimos boca abajo.

Por delante de nosotros pasó el coche. A través de los cristales percibí al doctor Armstrong con la cabeza entre las manos. Cuando el carruaje había desaparecido, volví la cabeza hacia Holmes, y me sorprendió la preocupación reflejada en su semblante.

—¡Malo, Watson, malo! —me dijo, mientras se levantaba—. Me temo alguna desgracia. ¡Vamos, *Pompeyo*! En cuanto lleguemos a aquella casita de allá bajo, se habrá resuelto el problema.

Nos íbamos aproximando al fin de nuestra empresa. *Pompeyo*, gruñendo sordamente, nos condujo hasta la casita solitaria a través de un camino marcado por las ruedas del carruaje. Holmes llamó con los nudillos en la puerta. Nadie respondió.

Sin embargo, la casa no estaba vacía, porque oímos claramente unos gemidos, un sollozar constante de infinita tristeza. Holmes volvió a llamar. El mismo silencio. Mi amigo frunció las cejas, y de pronto volvió la cabeza hacia atrás.

—¡Demonio! —exclamó—. Ahí vuelve otra vez el coche.

Seguí con la mía su mirada, y vi que, en efecto, volvía el coche del doctor.

—No tenemos tiempo que perder —dijo Holmes—. Hay que obrar antes de que llegue.

Y resuelto, decidido a todo, abrió la puerta, cerrada solamente con picaporte. Entramos. Aquellos sollozos que habían traído la tristeza a nuestra alma, se hicieron más claros y cercanos. Ante nosotros empezaba una escalera. Holmes dudó un segundo, después empezó a subir los escalones seguido por mí. Al terminar la escalera, había una puerta entreabierta. Holmes la empujó sigilosamente, y no nos atrevimos a dar un paso más.

Sobre un lecho blanco yacía el cadáver de una mujer joven y bella. Su rostro era blanco como el mármol, sus cabellos caían en cascada de oro y sus hermosos ojos parecían mirarnos con una mirada triste de supremo adiós. Cerca del lecho, arrodillado, hundida la cabeza en las ropas cameras, había un hombre, convulsionado el cuerpo por los sollozos. Estaba tan ensimismado en su dolor, que hasta sentir en el hombro la mano de Holmes, no se enteró de nuestra presencia.

—¿Sois el señor Staunton? —interrogó respetuosamente mi amigo.

—Sí; pero llegáis demasiado tarde… ¡Ha muerto!

Ofuscado por su desesperación, creyó ver en nosotros a dos médicos. Holmes, después de haberle prodigado algunos consuelos, había comenzado a explicarle los temores y perjuicios que a sus amigos había causado con su fuga, cuando sentimos pasos precipitados en la escalera, y después vimos en la puerta la escueta y severa figura del doctor Armstrong.

—¡Muy bien, señores! —exclamó, cruzándose de brazos—. Habéis conseguido lo que queríais, y no podéis quejaros de la ocasión… Dad gracias a que estamos en presencia de un cadáver y a que ya soy un viejo, que si no, vuestra acción llevaría ahora mismo el castigo que merece.

—Basta, doctor —contestó Holmes con gravedad—. Nuestra conducta no es tan imprudente ni despiadada como parece a primera vista. Si tenéis la amabilidad de guiarnos a otra habitación, os explicaré lealmente mi intervención en este desgraciado asunto.

Un minuto más tarde estábamos los tres en un salón del piso bajo.

—Podéis hablar —dijo secamente el doctor.

—Ante todo —comenzó Holmes—, debo haceros saber que yo no estoy al servicio de lord Mount-James, y que mis simpatías distan mucho de estar cerca de él. En este caso, como en todos, he creído cumplir con mi deber, buscando un hombre que había desaparecido. Una vez que le he hallado, me doy por satisfecho, porque nunca, a no tratarse de un crimen, me gusta divulgar lo sucedido. Creo que todo hecho particular, todo misterio honrado merece y debe respetarse. Si, como creo, la ley no ha sido violada en este caso, podéis contar incondicionalmente conmigo.

El doctor Armstrong dio un paso hacia adelante, y estrechó la mano de Holmes.

—Veo que sois un hombre honrado, y felicítome de haber salido de mi error primero. Después de lo que habéis visto, no me será muy difícil explicaros la situación de ese infeliz muchacho. Hará cosa de un año, el joven Godofredo Staunton vivía en una casa de huéspedes, y enamorándose locamente de la hija de la patrona, se casó con ella. La joven era tan buena como hermosa, y capaz, por todos conceptos, de hacer feliz a cualquier hombre. A pesar de esto, el joven Staunton tuvo que ocultar su matrimonio, porque, conociendo de sobra los prejuicios aristocráticos de su tío, tenía la seguridad de que a saber tal alianza, le desheredaría.

Yo hace mucho tiempo que soy amigo de ese muchacho. Le conozco muy bien, y sé lo intachable de su conducta y la bondad de su alma. Por ello he procurado servirle en todo lo que yo pude, y he coadyuvado a que permaneciera secreto su enlace. Merced a lo solitario de esta casa y a nuestra consideración, lo conseguimos con facilidad. Únicamente yo y un criado fiel que

ahora ha salido en busca de un sacerdote a Trumpington, conocíamos el retiro de la enamorada pareja. De improviso la muchacha enfermó de tisis galopante.

Ya podréis suponer cuán grande sería el dolor del joven, y, sin embargo, tuvo que abandonar a la enferma para asistir al *match* de *foot-ball*, porque no podía faltar a él, sin excitar sospechas absolutamente inexplicables. Yo le puse un telegrama tranquilizándole, y él me contestó con otro rogándome que no la abandonara. Sin embargo, le ocultaba lo desesperado de la situación, porque sabía que su presencia no había de servir de nada. No obstante, no guardé la misma reserva con el padre de la joven, y este creyó deber suyo decirle la verdad a Godofredo. Inmediatamente el muchacho vino aquí, y desde entonces no se ha movido de la cabecera de la cama.

Esta mañana la muerte puso fin a los sufrimientos de la pobre muchacha, devolviéndole cruelmente la libertad al sobrino de lord Mount-James.

Ahora, señor Holmes, ya sabéis todo lo sucedido, y espero poder contar con vuestra discreción y con la de vuestro amigo.

Holmes estrechó la mano del doctor. Yo me incliné asintiendo.

—¿Vamos, Watson? —me dijo Sherlock.

Y salimos de aquella mansión, donde el ave negra del dolor había hecho su nido.

Afuera, un pálido sol de invierno sonreía sobre el verdor de los campos.

FIN

# ¡Gracias por leer este libro de WWW.ELEJANDRIA.COM!

## Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web